

## La ocasión

*Buenos Aires, 22 de julio de 2002, Feria del Libro Infantil y Juvenil.*

Y pues vemos lo presente como en un punto es ido y acabado. Manrique, siglo XV. Nuestras vidas son los ríos que van a dar en la mar, que es el morir. Manrique de nuevo. Manrique habla del tiempo – de la fugacidad – sin paliativos, tal vez porque acababa de morir su padre. Si juzgamos sabiamente, dice, daremos lo no venido por pasado. No se engañe nadie, no, pensando que ha de durar lo que espera más que duró lo que vio, porque todo ha de pasar de igual manera. Todo rumbo al mar, sin remedio. Allí van los señoríos, dispuestos a se acabar y consumir, allí los ríos caudales, allí los otros medianos, y más chicos, allegados son iguales los que viven por sus manos y los ricos.

Tiene razón Manrique. Estamos hechos de la carne del tiempo, no hay duda de eso. Somos tiempo. No hay aprendizaje más decisivo que ése: el llegar a saber que todo fluye, y nosotros también. El tiempo es el descubrimiento de mayor trascendencia para la conciencia, el más dramático, el más agudo, el más insoportable, el más angustioso. El tiempo es la marca de lo fatal, pero, a la vez, es el lugar de la ocasión. El lobo y el bosque, todo junto.

La ocasión es, digamos, una grieta en el tiempo, una brusca expansión del instante. Una isla que obliga al agua del gran río fluyente a pegar un rodeo. Significa un pequeño brinco de libertad, un ensanchamiento del horizonte, un nuevo punto de vista. Todo puede convertirse en ocasión, nuestro propio cuerpo, la ciudad, el paisaje, las demás personas, las ideas, todo "lo que está ahí", sea lo que sea, puede abrirse en ocasiones o permanecer cerrado y mudo, ajeno. Puede encenderse en significaciones o quedar inerte, presa ciega del tiempo.

Para Quevedo el fuego que enciende las significaciones es el amor, el amor ardiente derrotará a la muerte, dice, la ceniza será ceniza pero "tendrá sentido" y el polvo, aun siendo polvo, será polvo enamorado (con lo que la fatalidad de Manrique habría quedado conjurada). Otro preocupado por el tiempo, Lewis Carroll, piensa que el fuego se enciende pensando, ejercitando la lógica del absurdo, los bordes de la paradoja; cuando de noche siente esa angustia inconfundible inventa problemas matemáticos, para eso tiene siempre junto a la cama un anotador y un lápiz. Cada uno ve qué puede hacer con sus ocasiones. Las significaciones cambian según la sustancia de quien significa.

La ocasión es algo más que la supervivencia, aunque la supervivencia sea condición necesaria para la ocasión porque las ocasiones, como es natural, tienen que darse en vida. Sobrevivir es seguir viviendo, sobrenadar en el tiempo sin hundirse. La ocasión, en cambio, es un punto de resistencia al tiempo, hincha de significaciones el instante.

La ocasión abre el tiempo, lo fisura, dando lugar a que allí se construya sentido, se fabrique mundo, que es algo imprescindible para el humano. Lo nuestro son los mundos, no sabemos vivir sin ellos. Si no conseguimos fabricarnos los propios tomamos otros, ya hechos, y nos los calzamos o nos los encasquetamos de cualquier manera, como sea con

tal de no quedar a la intemperie.

La actividad de construcción o transformación de mundos nunca cesa y se puede decir que desde que nacemos hasta que morimos seguimos empeñosa, casi heroicamente, fabricándonos conjeturas, ilusiones, lecturas, albergues de significado. Aunque a veces, por falta de ocasiones, la actividad parezca interrumpirse.

Mundo no es sinónimo de hábitat, el mundo es una construcción. Los humanos no vivimos "en la naturaleza", aunque la naturaleza esté ahí y nos determine. Desde que probamos la fruta de la conciencia, del "darnos cuenta" ya no pudimos tener edén sino mundo. Lo que llamamos naturaleza no es para nosotros sino un bosque de símbolos, como decía Baudelaire. Jamás podremos saber cómo es la naturaleza natural, la naturaleza del elefante por ejemplo, porque a la naturaleza, y al elefante, sólo nos podemos acercar con el lenguaje. Somos hacedores de metáforas. Del principio al fin necesitamos que lo que nos rodea nos signifique, y por eso "lo llenamos de nuestra propia sustancia", como dice Bougnoux. Lo real es abrumador y desconocido, lo único que podemos hacer es cercarlo, rodearlo con nuestras significaciones, con nuestras metáforas, como los liliputienses rodearon con sus pequeñas cuerdas al inmenso Gulliver. La metáfora nos calma los nervios. Frente al tiempo, al rigor del tiempo de Manrique, ¿qué podemos hacer sino tratar de mantenerlo a raya con nuestras significaciones, nuestros pequeños mundos, nuestros sentidos?

Los cuentos que contamos y que nos contaron, los libros en los que nos posamos o nos hundimos, las guardas y los dibujos en que nos hemos demorado sin apuro, el empeño con que hemos ordenado por color, por personaje, por tamaño nuestras pequeñas colecciones, el lento recorrido del dedo por la línea sosteniéndole al ojo las letras, el ritmo que tenía cada cuento en nuestro recuerdo, ritmo definitivo y al que le debíamos fidelidad absoluta, la dosificación de los silencios, los énfasis, las sorpresas, la dicha que anticipábamos un momento antes del desenlace, cada una de las resucitaciones de la memoria en la voz que fluye, incluso el olvido en que se fue sumergiendo después todo eso tan importante en su momento, tuvo que ver con el tiempo en su doble dimensión: lo fatal y la ocasión. Lo fatal porque las historias empezaban y terminaban, incluso podían olvidarse, y porque lo dicho dicho estaba y no podía deshacerse y porque, como todos sabemos, nadie se recibe de lector si no experimenta lo irremediable de la lectura y se echa a llorar porque ese libro que le gusta tanto se está por terminar. Y ocasión por el aspecto inaugural, de instalación de mundos y de instalación del "otro tiempo" en "este tiempo" que tiene la narración de cualquier historia y el volverse de las hojas de cualquier libro.

No son grandes ocasiones, son pequeñísimas ocasiones si se las recorta contra ese gran telón de fondo de tiempo. Porque ¿qué es un libro, un librito, en ese fluir, ese universal manar del tiempo que, para gloria nuestra, registramos y para nuestra desgracia sufrimos? Poca cosa. Ni siquiera las grandes obras, las que se conservan en libros encuadernados en cuero con canto dorado a la hoja, tienen asegurada la inmortalidad en el tiempo. Ni las grandes batallas literarias, ni las revoluciones en el campo de las letras, ni los escándalos de las vanguardias ocupan mucho lugar en el fluir del tiempo. Miles de

millones de personas jamás han oído hablar de ellas, y es posible que tarde o temprano se las olvide por completo.

Y sin embargo...

Sin embargo, cuando se está en el lugar de la ocasión, en el instante instantáneo donde se abre la grieta, todo cambia. Aunque se trate de ocasiones mínimas. Las cosas se ven de otra manera. ¿Qué lugar ocuparon los modestísimos Bolsillitos de editorial Abril en mi infancia de niña suburbana, casi siempre metida en casa por culpa de mi crónica bronquitis? Un lugar importante, puedo asegurarlo. ¿Qué lugar ocuparon *Los monos bailarines*, de editorial Sopena, y la *Enciclopedia Universal Ilustrada* de Espasa-Calpe en 81 tomos en la vida del sociólogo y escritor Darío Cantón como para que varias décadas después haya sentido la necesidad de dedicarles a esas viejas lecturas su nuevo libro? ¿Qué lugar ocupó ese relato dulcemente incestuoso, aunque muy imperfecto, de George Sand, *François le Champi*, que la madre le leía al niño Proust por las noches? Juan Giordano un joven escultor argentino que ahora vive en Toledo me escribió para contarme que la madre y él, exiliados los dos en tiempos de la dictadura, siempre trashumantes y con las valijas listas, usaban una parte de esas escasas valijas en acarrear la pila de Cuentos del Chiribitil. ¿qué lugar ocupaban esos cuentos en la vida de Juan Giordano, incluso en la vida de su madre? Esa es la interesante vuelta de tuerca que supone la ocasión: desde el punto de vista de lo fatal es poca cosa, pero desde el punto de vista de la ocasión misma, vista de cerca, es inmensa, incluso parece capaz de tragarse al tiempo.

¿Por qué elegí esta metáfora de la ocasión para enmarcar lo que se va a discutir en estas jornadas? Muy sencillo: no encontré otra manera de dar un sentido a lo que hacemos aquí adentro sin perder de vista eso que está ahí afuera, lo que nos rodea y llamamos "nuestra realidad" con sus dos caras contrapuestas y brutales, una flagrante y la otra opaca. La flagrante del hambre, la gente que anda errante, los dos viejos –viejo y vieja– que vi tendiendo la sábana sobre un colchón que habían instalado en la vereda, los chicos que a veces preguntan si tiene uno "algo que le dé" y otras veces solamente miran, todos los que andan de acá para allá con los ojos vacíos, sin entender por qué les toca lo que les toca y preguntándose si eso es todo lo que les va a tocar, o esperan quietos, achuchados, en algún borde, la consumación de su destino. ¿Cómo hacerse cargo de esa indecencia? ¿Qué discurso puede uno construir que no la escamotee o la cubra de sospechoso silencio?

¿Y cómo hacer para no escamotear además la otra cara, la opaca, de la llamada "nuestra realidad"; la inescrutable, compacta y enmarañada cara del poder, engañosa como un espejo distorsionante?

Por otra parte yo sabía que aquí adentro íbamos a estar juntas personas que provenimos de tramas muy diferentes, tramas en las que un libro, un cuento, una biblioteca, un texto tienen significaciones propias, a veces contrapuestas. Pensé que lo mejor era irme hacia atrás, a lo primero, el tiempo y la ocasión, que si bien era un punto de observación elemental, que me obligaba a dejar para un segundo momento las consideraciones más técnicas, tenía la ventaja de estar muy cerca de la construcción de

sentido, que pienso que es lo que nos compete en general como humanos y en particular como lectores, y lo que más necesitamos en este momento tan lábil, de tanta disolución, tan deshilachado.

En cuanto uno se instala en ese lugar, el del tiempo y la ocasión, hay un asunto que se le aparece de inmediato: la extensión. No es una cuestión menor. Si aceptamos la imagen de la ocasión como una grieta que permite la instalación, la construcción de mundos, y la ocasión es, pues, algo que se da o que es dado, un suceso ¿de qué manera se distribuirán las ocasiones? ¿con qué criterio? ¿con qué vara? ¿cuáles son las condiciones para la libre y rica disponibilidad de ocasiones?

No todas las personas piensan igual en este punto. Para algunos todos somos capaces por igual de fabricar mundos y de sacarle el jugo a las ocasiones, y aun cuando pueda después haber diferencias en cuanto al riesgo o al alcance –siempre provisorio- de nuestras construcciones, es imposible determinar de antemano si unas personas están destinadas a ciertas ocasiones y otras a otras. Otras personas consideran que las ocasiones están distribuidas ya de antemano o, al menos, que forman parte de "la naturaleza de las cosas", que suceden, sí, pero más cercanas a fenómenos meteorológicos que a construcciones históricas y sociales.

Este asunto de la administración de las ocasiones es un punto muy delicado, vinculado, como es natural, con el poder. Hasta ahora vinimos diciendo que todos, por el solo hecho de ser humanos, de pertenecer a la especie simbólica, estamos pertrechados para fabricar mundos, conjeturas, y para hacer florecer las ocasiones que se nos presenten. Eso desde un punto de vista filosófico, o antropológico. Pero la cuestión de cuáles son las condiciones para la actividad simbólica y para la construcción de mundos y para la habitación, visitación y transformación de los que consideramos herencia, de lo ya construido, eso tiene que ver además con el poder concreto, histórico. Con lo que el asunto se complica bastante. Los símbolos y las ocasiones también tienen dueño. Humpty Dumpty ya lo dijo, y muy bien: cuando de palabras se trata, querida mía, la cuestión es saber quién manda.

De manera que un aspecto a dirimir en cuanto a la extensión es si hay mundos que son sólo para algunos, si todos son para todos, si hay maneras de franquear la entrada de los que a primera vista parecen cerrados, si se trata de mundos "fijados" de una vez y para siempre o es posible actuar sobre ellos, si se espera de ellos que se los descifre, que se los venere, que se los degluta, que se los archive. Si estamos por la pureza a ultranza o por la hibridación, si estamos por lo eterno o por la mutación. Si estamos por la extensión máxima o por élite. Etcétera, etcétera.

Y otra cosa interesante de tener en cuenta en este terreno de la extensión es que el poder en general, cualquier poder, el poder de la casta, el poder del dinero, el poder de una camarilla, el poder del prestigio, el poder académico, tienden a congelarse, a reproducir lo fatal, lo ineluctable, como si las cosas fueran así y no pudieran ser de otra manera. Y en ese congelamiento se incluye la distribución de las ocasiones. El fuego no es para todos, el fuego es para los dioses. Se sabe bien que los dioses de varias religiones

reaccionaron violentamente frente a los héroes civilizadores que robaron una chispa para entregarla a los humanos.

Cada uno verá de traducir esta cuestión, bastante amplia, que les planteo al ámbito de sus reflexiones. ¿Para quiénes son los libros, las historias, las lecturas? ¿Hay libros, historias y lecturas para unos que no pueden ser para otros? ¿Hay grados ineluctables? ¿Hay tránsitos, caminos? Y si es así ¿cómo se dan, cuál es la ruta de la enseñanza?

Está la variante elitista, que dice "el mundo es nuestro, la literatura es para pocos". Y está la variante paternalista, que dice "hay ocasiones para gente como uno y ocasiones para gente pequeña; los mundos que construye la gente pequeña son simpáticos, pero para nosotros prescindibles; nosotros, sin embargo, y en la medida en que nos parezca necesario, repartiremos algunas migajas de nuestro mundo superior, y con las migajas será suficiente".

Es bien interesante la pregunta esta acerca de la democracia o aristocracia de las ocasiones. En terrenos como la edición, la divulgación, la educación es una perspectiva sana, que podría servir para aclarar algunos equívocos bastante consolidados. Pero además es un buen punto de vista desde donde contemplar la cuestión de la diversidad en forma sencilla y, a la vez, drástica. ¿Qué diversidad? ¿Diversidad de temas, de abordajes, de productores, de técnicas, de casas editoriales, de formas de comercialización, de formas de promoción, de animación, de estimulación temprana? ¿o también diversidad de ocasiones, desde el punto de vista de la extensión? ¿diversidad genuina o diversidad segmentada? ¿diversidad con cotejo o simulacro de diversidad?

Y algo más: ¿será cierto, como dicen muchos, que la extensión máxima acarrea necesariamente la homogeneización (es decir, unas pocas "marcas" convenientemente comercializadas y bien promovidas para todo el planeta)? No, no parece ser así. La homogeneización máxima es útil al consumo máximo, pero no a una máxima construcción de mundos, a una máxima fundación de sentidos, que es a lo que nos conducía nuestra metáfora de la ocasión. De modo que si la pregunta se plantease tal como suele plantearse: ¿cuál es la garantía de la diversidad? ¿es la élite, el cenáculo estricto, el pequeño coto la única manera de garantizar la búsqueda y la diversidad, ya que fuera de ese círculo de oro sólo quedaría la masificación homogeneizada? también debería responder que no.

Supongamos que se les extendieran a todos no el consumo obediente de ciertos mundos literarios fabricados con ese propósito expreso de "servir a todos" sino las ocasiones, las grietas por donde meterse para habitar desprejuiciadamente lo ya construido y para construir lo nuevo, supongamos que se diera esa utopía, ¿quién podría anticipar lo que se produciría en materia de literatura? Hace dos años pasé por una feria del libro en Junín de los Andes. Había un grupo de chicos mapuches con su maestro, que había recogido en un libro lo que a ellos les gustaba contar. Uno de los cuentos que más me gustó fue el *Cuento de dos peludos y un chancho*, de Aldo Linares, que incluí en mi página web. Es un cuento rudo, primario, que está en los comienzos del contar pero iqué potencia, qué mirada nueva! No sé si Aldo Linares va a volver a escribir, tal vez no escriba nunca más,

pero si Aldo Linares siguiera escribiendo y tuviera ocasiones y vistara mundos, Aldo Linares sería un escritor poderoso y además único, inconfundible, y contribuiría extraordinariamente a la diversidad.

Además de este asunto clave de la extensión, hay otros que, vistos así como propongo hoy que los miremos –desde el tiempo y la ocasión–, muestran otro perfil e incluso, tal vez, podrían reformularse.

Por ejemplo, un asunto que me parece que habría que releer y repensar es el de la "funcionalidad" de la literatura. Mi generación rompió varias lanzas en contra de la funcionalidad y a favor de "la literatura por la literatura misma". Creo que exageramos. No porque tengamos que correr a ponernos de nuevo en el corral de la didáctica, la moral y las buenas costumbres, claro que no. Sino porque tendríamos que volver a pensar la cosa a la luz de la historia.

Desde el punto de vista del tiempo y la ocasión (el que elegimos aquí), habría que admitir que los cuentos siempre han sido funcionales, de alguna manera. En primer lugar porque suponían una consumación, una experiencia deseable que satisfacía un deseo (aunque no más fuera el deseo de "viajar" y "pasar un buen rato"), y también por el efecto de ruptura de la tiranía del tiempo que implicaba el ponerse el narrar. Los cuentos instalan "otro tiempo" en "este tiempo", "entretienen", es decir lo tienen a uno en vilo, liberado del tiempo riguroso por un rato, y formando parte de un tiempo nuevo, un tiempo alternativo, participando así de una cierta forma de eternidad. Esa función, que es la que traté de explicar con la idea de frontera y con el asunto de la tercera zona de Winnicott, es algo que el cuento siempre tuvo. Por eso en los velorios se contaban cuentos, para mantener la muerte a raya.

Además el cuento tenía una segunda función muy clara en las culturas orales: era cohesionante, servía para reflejar los patrones culturales del grupo, dibujaba una trama compartida. El auditorio entendía que el cuento era "invención" (me refiero a los tiempos del cuento histórico, cuando ya se había separado del mito) pero pensaba que de todas formas "decía verdades" o al menos "daba pistas" culturales, otorgaba marcas de pertenencia, iba señalando un terreno común.

No sé si es acertado suponer que esas funciones están por completo desaparecidas. Si bien en tiempos de industria cultural y de complejidad social como las presentes no es sencillo tratar este asunto, aun así no debería dejarse del todo de lado. Tener una idea más clara acerca la funcionalidad general del cuento y la literatura en la sociedad actual permitiría volver menos opacos los episodios de instrumentación y contrabando de mandatos, justamente.

Otro asunto que sería bueno contemplar a la luz cruda del tiempo, la ocasión y la administración de las ocasiones, es la idea, bastante aristocrática por cierto, del texto o la obra como algo sagrado e intangible. Como sabemos, toda referencia a lo sagrado, a lo único, intocable y eterno, se remite siempre al poder. Igual que la pureza, que suele venir asociada. Habría obras puras, perfectas, intangibles e inmortales: sagradas. Y productos

de bazar, baratijas de mercado. Eso me pone en un verdadero dilema porque ¿dónde pongo yo a mis Bolsillitos?

La verdad es que ningún autor de cuentos para niños puede insistir demasiado en la intangibilidad de los textos, ya que sus textos habitualmente son manoseados y contados de mil maneras, dramatizados, representados en crayones, papier maché y plastilina. Cualquier padre, cualquier tío está autorizado a intervenir en el texto mientras lo está leyendo. Hay una familiaridad, una apropiación características. Y –lección de humildad que agradezco– está bien que así se haga. El texto no es intangible, es sólo una ocasión. Fue una ocasión para mí, que lo escribí, y corresponde que sea ocasión para otros. Por supuesto que a veces me molesta ese manoseo, pero con todo lo acepto, me llevó tiempo aceptarlo pero lo acepto, acepto que se metan en mi texto de la misma manera en que yo me metí a los ocho años en el *Mujercitas* de Alcott para escribir en las últimas cuatro páginas de libro, que por fortuna estaban vacías, un final más acorde con mi deseo.

Sería tonto de mi parte pretender imponer la idea de que mi texto es sagrado puesto que yo misma, como escritora, sé bien que no nació de la parusía sino del trabajo, que corregí, rehice, plantée y rechacé alternativas, elegí, manipulée. Lo más a lo que puedo aspirar es a que esa construcción se sostenga, no se desarme ni se desmaye, que sea fiel a sí misma y logre constituir entonces una modesta ocasión, en primer lugar para mí misma, que no tuve más remedio que escribirlo, y después para el lector que caiga en la grieta.

Preferiría asimismo que fuéramos más parcós en hablar de "magia" (en especial porque Harry Potter ya se la gastó toda). En la escritura de un cuento no hay magia, hay tensiones, pulsiones, tradiciones, historia, voluntad de construir mundos y trabajo. Si queda algún aspecto difícil de explicar digamos eso, que no sabemos cómo explicarlo, lo cual no significa que sea mágico. Si algún punto de maravilla, algún punto "divino" digamos, queda, estará más bien en el lector, que produce esa entrega conmovedora al mundo que otro ha construido. Esa suspensión de la incredulidad, esa confianza en los poderes de la ocasión. Eso sí, pienso, tiene algo de extraordinario.

Otro asunto interesante que enseñan la ocasión y el tiempo es el más elemental de que todo pasa, todo, como dice Manrique, se transforma de no venido en pasado en un suspiro. Eso debería enseñarnos la mirada histórica, que siempre enriquece. En estos días la tengo muy viva porque estamos embarcadas con algunas personas en la recuperación de viejas colecciones infantiles. A medida que recopilamos y manoseamos lo que nos va cayendo en la mano, voy recibiendo nuevas lecciones de humildad. En un librito de la editorial Códex del año 1950 que se llama *Los cuentos del Tío Remus* figura la publicidad de otras colecciones de la misma editorial, entre ellas una, que aparentemente consistía en un libro grande y otro chiquito, que se anunciaba con estas palabras: "Un gato gigantesco y un micifuz microscópico, una foca grande como una casa y una foquita chica como una mojarrita", o sea que de ahí a "Más chiquito que una arveja más grande que una ballena" no hay más que un paso. No recuerdo haber tenido ese libro, tal vez nunca haya estado en casa, pero pude haberlo visto en casa de alguna otra persona, tal vez alguien lo estaba leyendo y lo dejó apoyado sobre una mesa y yo, que leía todo, también

las propagandas, pude haberme quedado prendada de esa imagen de un gato tan grande y otro tan diminuto, que en ese caso habría funcionado como pequeña grieta diferida. Me refiero a que las cosas van y vienen y se mezclan y se hibridan y se contagian de muchas maneras. La mirada histórica es útil, explica las transformaciones, vuelve menos opaco, más visible el poder y liga los libros con la vida de la sociedad.

Último asunto que podría iluminarse un poco al menos con esta idea de la ocasión: administrar libros, hacerlos circular, editarlos, ponerlos al alcance, recomendarlos, es administrar ocasiones. No incluyo en el listado escribir libros porque de verdad creo que el escritor es en ese aspecto mucho menos libre, y mucho más egoísta. Pero un bibliotecario, por ejemplo, es un extraordinario repartidor de ocasiones. En un número de la revista La Mancha –que también fue una ocasión y ojalá se sostenga– hay un reportaje de incógnito a mi madre, donde cuenta sus experiencias de biblioteca en Barracas y sobre todo su vínculo inolvidable con la "señorita González", que de manera muy discreta, pero también irresistible, le decía "mirá, Sarita, ¿por qué no te lees esto?". Tengo una amiga, María Belén, que da clases en un secundario para adultos en Gregorio de Laferrere. Cuando elige una novela para dar a leer a los alumnos nunca se detiene en la dificultad, en el grado de exigencia, sino en el grado de significación que esa novela puede tener para ellos, y los manda a navegar en aguas abiertas. Está convencida de que la fuerza de la ocasión va a suplir la falta de preparación técnica, cree firmemente en esos alumnos, en su deseo. Lo asombroso es que le va muy bien con esa manera de hacer las cosas. Un repartidor de ocasiones tiene un papel de mucha importancia en esta sociedad cruenta, tendría que aprovecharlo.

Hasta aquí llegué. El tiempo ha seguido pasando mientras hablaba de las ocasiones y yo, mientras tanto, sólo quería ser eso, una ocasión, una grieta.

*El autor de este **Texto de Autor** es **Graciela Montes***

*El contenido ha sido obtenido de: **Graciela Montes** - <http://www.gracielamontes.com>*